

El matadero de Bérghamo por *Toto Meliá*

Nos mandaron como a borregos al matadero de Bérghamo; tal que a judíos al exterminio de Auschwitz. Cargados en trenes de ganado, llegaban exánimes, desde cualquier lugar de Europa, y terminaban escupidos en un andén de vía muerta; nosotros partimos mansa, inocente, eufóricamente, por cientos, en autobuses, desde nuestra bendita tierra valenciana, hoy infecta.

"El trabajo os hará libres", rezaba el eslogan que, como mantra, se repetía y repetía entre las filas de proscritos enmarcado en el dintel de la puerta del infierno; el fútbol redimirá la monotonía de vuestras vidas sin gloria, durante los noventa minutos reglamentarios se os gratificará con alegrías, ilusiones, esperanzas... En el fervor de la grey diluiréis la soledad de vuestras existencias vacuas; pesadumbres, infortunios, aflicciones, amarguras enmudecerán ante el griterío, el aplauso, los silbos y vítores, hasta el pitido final.

Penitentes flagelados cargan con el estigma de su raza, marchando a pasos procesionales camino de un calvario señalado por cruces gamadas y miradas de nórdica racialidad; y por las pasarelas de Milán desfilamos, como reos de navío por un tablón cuyo final se avista en las mandíbulas desencajadas de tiburones pandémicos.

Bajo el palio de majestuosas galerías octogonales conocimos al *tifosi*; pues no solo incineraron judíos en los fuegos del horror, también hubo disidentes, cíngaros, Testigos de Jehová y otros muchos malogrados seres humanos, cuya única culpa fue nacer y creer; gentes sencillas que aman a su tierra, a su club, y los domingos acuden a la casa de sus padres a degustar sus platos de pasta, como nosotros la sacrosanta paella, y, acompañados por un buen *chianti* o una *misteleta dolça*, departen los quehaceres semanales en las largas horas de sobremesa de esos domingos mediterráneamente eternos. Hoy no hay ataúdes con los que darles sepultura.

Unos despojos vacíos de humanidad eran arrojados en fosas inmensas, encalada la osamenta, se echaba tierra al asunto: números anónimos claman quejumbrosamente desde la frialdad de listas infinitas. Ni una palabra, ni una caricia, ni un beso, ¡ni un velorio! residentes eternos en las vastas soledades de palacios de hielo: aquí yacen quienes nos dieron la vida.

Paradojas de la historia, los mismos que hoy afirman perseguir el grial de la vacuna salvífica, ayer aniquilaban despiadadamente. Los muy alemanes laboratorios IG Farben, empresa matriz de la farmacéutica Bayer AG, fabricaban el pesticida vomitado sobre los impíos en las cámaras mortuorias: el Zyclon B; aquí, el Covid 19 nos confina en la comodidad de hogares interconectados; ambos atrofian vidas y pulverizan pulmones.

Sociedades enteras metamorfoseadas en cobayas, sociedades anónimas que cotizan al alza anunciando la inminente llegada de la mesiánica cura. Grupos de operarios que trajinan con seres humanos, cual doctores Mengele, el *Hauptsturmfürher* del *Zigeunerfamilienlager*, el capitán médico del campo – de exterminio, se entiende – de familias zíngaras, quien diseccionaba sin anestesia ni cloroformo a niños siameses o realizaba trepanaciones a lo vivo mientras entonaba una aria o silbaba una obertura wagneriana. Uniformados con impolutas batas blancas, equipados con geles hidroalcohólicos que esterilizan conciencias, camuflados con mascarillas ffp3 de las que no filtran y facilitan la discreción del que no será reconocido, embozados con guantes de un solo uso que no consienten la huella delatora, los científicos, "los que saben de esto" inician la escalada en busca del pico más elevado en la curvatura de la vida.

Al unísono, divisiones *panzer*, comandadas por acreedores y banqueros, efectúan maniobras envolventes en el tablero de la guerra, y ejecutan las órdenes que desde el *bunker* central imparte una canciller de hierro, una ángela de la muerte; mientras esbirros encorbatados, de sonrisas

almidonadas, cannabis en el bolsillo y calavera en la solapa, capitaneados por un *Mark "Dries" Rutte*, someten con liberalidad a la pobreza y el escarnio a sus incautas víctimas.

A este proceso viral, la actual administración norteamericana lo ha diagnosticado como *kung-flu*, elaborando un ingenioso juego de palabras, digno de su gran capacidad intelectual, que conjuga el nombre de la milenaria arte marcial china, el Kung-fu, con *flu*, gripe en inglés; pues, tras el seguimiento de innumerables pesquisas y el descubrimiento de nuevos y múltiples síntomas, afirma, sin lugar a dudas, que el origen del brote letal proviene de China, al parecer, de la indigesta causada en un comensal bujarrón tras degustar una sopa de pangolín con huevas de cernícalo escalfadas, un suflé de mocos semicrudos de mono de hocico chato, ancas de rata de arrozal en pepitoria y un rollito elaborado en primavera con alitas de murciélago y trufado con testículos deconstruidos de tres tigres tristes, regaban el ágape buenos caldos, cosecha Tiananmén del 89. (Otras fuentes subrepticias afirman que el susodicho, en su último estertor de muerte, entre trombos, disneas y flatulencias, llegó a rotar *trump-flu*; añadiendo un requiebro más al gran juego).

La Gestapo y los gestores podridos de Europa (¡Europa!, qué palabra tan lejana, tan soez y carente hoy de sentido y significado, sobre todo de sentido. ¿Sienten esas gentes del Norte? Lo único que alcanzan a sentir es el repiqueteo continuo y constante del euro en sus bolsillos); el NSDAP, el RSHA, las SS, silbos sibilinos como el siseo de la sierpe que trae el veneno de la muerte; UEFA, FIFA, RFEF, todo fúnebre y finado; un Hitler, un Himmler, un Heydrich – que impiedad la de esta "i", tan pronto asuena un virus como un fascista –; y un tal Ceferino y un tal Infantino – infanticida habría que llamarle, si no fuera porque los que caen son los mayores – y hasta un tal Tebas... perros atados con correas de castigo de los que tiran amos iracundos, y les echan huesos y los sacan a pasear – ellos que pueden – y ladran, y nos orinan y defecan encima, y sin papel para limpiarnos, que ni de eso quedaba en el Mercadona.

Los capos tinglado y sus perros de guarda preservan sus objetos de lujo, y los voceros que sin publicidad no hay venta; pues de resultas que esto no es sino un negocio: el negocio de la guerra, el negocio del fútbol, el negocio de la muerte, y el sentimiento se agota en los cánticos, hoy fúnebres, de los aficionados.

Parece ser que andan, que no corren, en los días de enclaustró, los patronos y patrocinadores, algo asfixiados, precisarán de algún balón de oxígeno y de respiradores, pues la clausura del ejercicio futbolístico les impedirá cuadrar el balance final, y el valor de sus productos inactivos se deprecia cual barril de petróleo. Por ello, congregados los protagonistas en el rectángulo de una mesa de diálogo, a dos metros de distancia los unos de los otros, renegocian a la baja los emolumentos de los asalariados; estos, a su vez, delegan en representantes avezados, pues sus portentosas molleras las tienen para otros usos, como rematar corners o saques de esquina, y no para desgastarse en sumas o multiplicaciones y menos aún en restas o divisiones; los héroes balompédicos, ejemplos abnegados y sacrificados de esta sociedad y en loor del aficionado que les da de comer y beber, explayan las horas de asueto y aburrimiento mostrando al mundo sus portentosos abdominales, sus laberínticos tatuajes y sus fastuosas mansiones colmadas con piscinas olímpicas y jardines babilónicos, y los trofeos al *pichichi* y al *zamora* y las meretrices cosificadas que engalanan sus vitrinas; pues en la era *millennial* que nos azota, no reza ya aquel añejo lema del "tanto tienes, tanto vales", sino "muestra, tengas o no tengas, que tanto lo vale".

Mientras médicos y enfermeras, farmacéuticas, celadores, cuidadoras – todo el personal sanitario – policías, guardia civiles – ¡hasta guardas de seguridad! –, militares de todo rango, funcionarias de toda índole, barrenderos, tenderos, cajeras de supermercado y banco, dependientes, reponedoras, repartidores, verduleras, carniceros, transportistas, taxistas, choferes, proveedoras, limpiadores, sepultureros, periodistas, sacerdotes y monjas, voluntarios de todo género y condición... dilapidan

sus vidas en el anonimato, atrayéndose incluso la ingratitud de algunos de sus semejantes, quizás por menos de mil euros mensuales.

Es entonces, cuando, tras un fogonazo televisivo, adviertes la estulticia esculpida en el rostro de un Ronaldo o la mirada insulsa de un sordomudo llamado Messi, y solo entonces consigues entender a aquel dios severo y vengativo de los judíos, aquel Yahvé testamentario que castigaba a los mortales por nimiedades, remitiéndoles exilios eternos, mandatos imposibles, trabajos hercúleos, penas sisíficas, catástrofes sin fin, hambres, plagas, guerras, pestes, diluvios, genocidios... pues no eran sus faltas la causa del castigo divino, ni sus pifias ni desatinos lo que reprendía el juez supremo; aquello que realmente desata el arrebató divino es la idiocia, connatural al lastimero ser por él creado.

Todo comenzó y terminó para muchos en el matadero de Bérghamo, pero la condición humana, mísera y desgarrada, su culpable incapacidad, se perpetúa post mórtém.

© *Toto Meliá*